

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 31 EL VALIENTE DE LA PRADERA 15 cts.



—¡Manos arriba!—le exigió encarándoselo.

EL VALIENTE DE LA PRADERA

(Novela cinematográfica, inspirada en la película del mismo título, de la colección «Selecciones Ciné», Via Layetana, 53. Barcelona)

Cómo todas las tardes, cuando se acercaba el crepúsculo, Carlos Monty, jinete de su caballo predilecto y de su can favorito *Hurón*, se dirigía a la cumbre de la colina que limitaba por el Norte el rancho en que ejercía el cargo de capataz, y, llegado a la cumbre, permanecía un rato deambulando en todas direcciones.

Aquella vez no habría pensado que, desde el lejano edificio que servía de morada a los dueños de la finca por cuya prosperidad trabajaba él y hacía trabajar a una legión de mozos, todos de la misma casta, o sea *cow-boys*, y del mismo país, con león y perseverancia, alguien se había dado cuenta de su excursión y que hablaban de él.

Eran dos muchachas a cual más lozana y hermosa, que frisarían en los dieciocho años.

—¿Quién es aquel jinete, Elena? —preguntó una de ellas extendiendo la mano hacia el viajero, que, lo mismo que su cabalgadura, se recortaba vivamente contra el cielo, al que los últimos rayos del sol poniente coloreaba de rojo.

La interrogada respondió:

—¡Es nuestro capataz... el brazo derecho de papá! Le gusta mucho admirar el panorama que se divi-

sa desde donde está, pues no hay día que deje de hacer ese viaje, si no se lo impiden perentorias obligaciones.

—¡Déjame tus gemelos! ¡Quiero ver bien a vuestro *cow-boy*!

Elena le entregó el objeto pedido y su prima estuvo contemplando la negra silueta del hombre y el caballo que, en su inmovilidad, parecían tallados en granito.

—¡Admirable! ¡Soberbio! — alabó con sincero entusiasmo la desprecupada joven, que Elena no pudo menos que sonreírse.

Y añadió:

—¿Qué ideas se le ocurrirán a vuestro arrogante capataz mientras se halla en la cumbre de esa abrupta colina, rodeado de silencio y soledad?

Encogióse de hombros la bellísima Elena, diciendo:

—¡He aquí un pensamiento que no se me ha ocurrido nunca! Pero te prometo saciar tu curiosidad apenas regrese Carlos, pues le repetiré la pregunta que acabas de hacerme.

—¡Sin embargo, ya sospecho lo que me contestará! Nuestro bravo capataz no visita esos abruptos parajes tan sólo por mero placer... sino también para vigilar los reba-

ños de carneros y las manadas de vacas y terneros desparramados por el valle.

—¿Es que puede amenazaros algún peligro de quedaros sin ellos?

—¡Ya lo creo, querida Claudina! En esta comarca del Arizona tan próxima a la frontera de México, donde existe la revolución, no hay hacienda ni vida sin peligro.

—¡Santo cielo!—exclamó asustada la linda parienta de Elena—. ¿Qué dices?

—¡La verdad!

—Pues casi me arrepiento de haber tenido el capricho de venir a abrazarte. Y tú, sabiendo esto, puedes vivir tranquila?

—¡Sí, sí! Es que disponemos de un par de docenas de *cow-boys* que, mandados y dirigidos por su indomable capataz, hacia el cual sienten una absoluta obediencia y una especie de adoración, me considero tan segura como refugiada en una fortaleza inexpugnable...

«Para que un malvado o un infame aventurero llegase hasta mi persona, tendría que atravesar la muralla humana formada por Carlos Monty y sus indomables *cow-boys*.

—¿Y no te horroriza el pensar que algún día puedes verte obligada a presenciar escenas de odio y de sangre?

—¡Naturalmente! ¡Y no serán ni nuestro capataz ni sus *cow-boys* los que con su conducta provoquen una de esas horribles luchas! Pero si en defensa propia o para defenderme de un grave peligro, se viesen obligados a luchar y a matar... entonces... entonces, lucharían como leones...

—No quiera el cielo que durante mi corta permanencia en tu rancho, que es una especie de edén, se presente ocasión alguna de que

esos hombres tan bravos como leones os demuestren, con las armas en la mano, la fiel y fiera adhesión que hacia vosotros sienten.

En tanto las dos jóvenes sostenían este diálogo, el jinete había desaparecido de su elevada atalaya y las primeras sombras de la noche, sucediendo al corto crepúsculo, comenzaban a invadir la tierra.

Elena y Claudina retiráronse del porche y penetrando en el interior del edificio, hallaron al ranchero Grove, que acababa de llegar del poblado vecino, y cuyo aspecto exterior revelaba una intensa agitación.

—¿Dónde está Carlos?—preguntó a su hija el rico hacendado apenas la vió.

Elena le dijo que hacia unos momentos lo habían divisado en la cima del monte, observando en todas direcciones como tenía por costumbre.

Luego, algo pálida y con acento trémulo, Elena inquirió:

—Pero, ¿por qué me has hecho esas preguntas, padre mío? ¿Es que... es que... nos amenaza algún peligro?

—Hija mía, bien sabes que desde que en el país mejicano estalló la revolución, no hemos podido vivir con el sosiego de los tiempos de paz... ¡Los aires de tempestad han llegado hasta nosotros en varias ocasiones... y también hemos visto flamar las flamas de ese incendio devastado, tan cerca de nosotros, por el odio y la ambición de los hombres!

«Pero... hasta el presente no hemos tenido que lamentar en nuestras personas daño alguno, siquiera no podamos decir lo mismo respecto de nuestros bienes...

«Sin embargo, temo que no me

sea dable hablar de este modo en un porvenir muy cercano...

— ¡Virgen santa! ¿Luego estamos en peligro?

— ¡Sí, hija mía! ¡Nos amenaza un peligro inminente y seguro!



... azuzó a su caballo para que acelerase aún más su galope.

— ¿Y temas que ese peligro haya ido ya al encuentro de Carlos?— preguntó la joven con voz apagada.

— ¡Exactamente, ese es mi temor!

Siguió a estas palabras un ahogado grito de horror, y después Elena, reaccionando contra el agudo dolor que le atravesaba el pecho como una acerada hoja, exclamó con fuerza:

— ¡Vayamos en su auxilio, padre mío!

— ¡Eso es lo que va a hacerse! ¡Ahora mismo ordenaré que una docena de nuestros valientes y leales muchachos salgan en busca de su capataz!

— ¡Y yo iré con ellos!

— ¡Tú!

— ¡Sí; yo quiero estar junto a Carlos en la hora del peligro...

— Cometería yo una locura, querida hija, si a pesar de comprender los motivos que te impulsan a expresar ese deseo, accediese a él. ¡No,

no! Tú eres una débil mujer, casi una niña... y tu presencia entre nuestros bravos servidores sería un estorbo en lugar de una ayuda.

— ¡Espérame aquí con Claudina, pues no tenemos un minuto que perder! En seguida regreso a vuestro lado!

Pronunciadas estas palabras, el rico ranchero separóse de su sobrina y de su hija, a la que amaba con una ternura inenarrable, y unos momentos después dirigía a un compacto grupo de rudos y fornidos hijos del Oeste las siguientes palabras:

— ¡Preparaos, muchachos, a emprender una excursión en la que acaso tengáis ocasión de demostrar el arrojo y el temple de vuestros corazones! ¡Ni dudo de vuestra bravura ni de vuestra lealtad!

— ¡Vuestro capataz, el fiero y noble Carlos Monty, quizás se halla en estos instantes cercado de enemigos! ¡Es preciso acudir en su auxilio con la rapidez del rayo! ¡Lo difícil estriba en averiguar dónde se encuentra! ¡Al atardecer se hallaba en la Colina de los Cóndores!

— ¡Pronto, muchachos! ¡Armaos de un revólver y de municiones y partid a caballo en busca de nuestro amigo!

La breve y fogosa arenga produjo un clamoroso estallido de maldiciones y juramentos.

El hacendado no tuvo ni siquiera tiempo de dar más explicaciones, enterando a sus corajinosos *cow-boys* de quiénes eran los enemigos contra los cuales sospechaba que Carlos Monty mientras regresaba al rancho, se habría acaso visto obligado a defender su vida a tiro limpio, ni tampoco declarar cómo y cuándo se había enterado de tan gran noticia.

Corriendo atropelladamente y vo-

ciferando, los *cow-boys* se precipitaron hacia los establos donde se hallaban los caballos y al cabo de unos minutos galopaban al través de la inmensa y oscura mancha de la pampa.

Era ya noche cerrada, pero brillaba en el firmamento la luna, esparciendo una claridad nítida, casi diurna.

Elena esperaba el regreso del autor de su vida con ansiedad creciente, que era compartida por su prima Claudina.

Apenas lo vió, abalanzóse a su encuentro, preguntándole si habían ya partido los *cow-boys* en auxilio del hombre a quien ella amaba con todas las fibras de su ser.

El galopar de los expedicionarios se percibía entonces ruidoso y claramente.

—¿No oyes, Elena? — repuso el ranchero.

Hizo ésta un gesto afirmativo, exhalando al mismo tiempo un profundo suspiro.

De pronto, al través del ancho ventanal junto al que estaban abrazados padre e hija, los ojos de ésta divisaron la arrogante figura de su amado.

¡Carlos! — gritó—. ¡Loado sea Dios! ¡Ya está aquí!

Y con una alegría sobrehumana soltándose de los brazos de su progenitor, abandonó el aposento, corriendo al encuentro del recién llegado.

Pero cuando tan sólo la separaban unos pasos de Carlos, sus labios profirieron un grito de horror.

De la frente del viajero manaba un hilillo de sangre que surcaba su guapo y varonil semblante por varias partes.

—¡Herido! — exclamó Elena con acento desfalleciente y dolorido.

—¡Sí, pero no es nada! — declaró Carlos apesadumado de su montura con notoria dificultad. Luego apoyóse contra el cuello del noble bruto porque sus piernas se negaban a sostenerlo y añadió: — ¡No es nada! ¡No te asustes, pues, ni te alarmes!

Llegaron entonces al padre de la enamorada Elena y su prima.

Y, lo mismo que a ella, la vista del líquido rojo que en vida que fluye y escapa, les produjo un efecto por demás penoso y alarmante.

—Pero... ¿qué te ha sucedido?... ¡Mis temores eran ciertos, pues? En tu busca han salido ahora mismo... ¡Condénación! — rugió al ver que Carlos Monty perdiendo el equilibrio se desplomaba al suelo, a los pies de su caballo, quedando inmóvil y yerto.

El ranchero y las dos jóvenes se



Elena se apresuró a acudir al encuentro de Carlos.

abalanzaron hacia él para auxiliarle.

Elena, abrazada al atlético busto del herido, mezclando sus lágrimas con la sangre que continuaba manando de la herida, lloró con acento desgarrador.

—¡Carlos! — Carlos de mi vida!

El indomable mozo abrió los ojos y sonriendo, balbuceó:

— ¡No es nada!

Los gritos de dolor que resonaban en el espacio atrajeron a va-

rios *cow-boys* que luego de terminada su ruda tarea, acababan de regresar al rancho y entre todos trasladaron el herido adentro del edificio, acomodándolo en un lecho.

II

¿Qué había pasado?

Con la mayor brevedad procuraremos referirlo, pero antes es preciso que enteremos a nuestros lectores de algunos hechos recientes intimamente relacionados con el percance que le había ocurrido al intrépido y valeroso capataz del *Rancho de la Abundancia*.

Este título expresa que la propiedad del padre de Elena, era la más vasta y próspera del Arizona.

En ella ejercía el cargo de capataz Carlos Monty, desde hacía solamente cuatro meses. Cuando le fué ofrecido ese cargo por el dueño de la finca, acababa de regresar el temido y respetado *cow-boy* de un viaje por demás triste, pues cuatro días antes había enterrado a su hermana, que vivía en una pequeña ciudad del Oeste, dejando a un niño de nueve años en el más completo desamparo y la mayor pobreza.

Es menester decir que nuestro protagonista aceptó aquella oferta con el corazón inundado de alegría y de esperanza.

El porvenir se le presentaba con las perspectivas más halagadoras.

Pablo Grove, éste era el nombre del propietario, había despedido la semana anterior al capataz que to-

nia a sus órdenes, un tal Jack Harris, por desleal y rapaz.

La escena que tuvo lugar con motivo de ese despido llegó a adquirir un carácter tan violento, que a no mediar en ella Elena, la cual abalanzóse hacia su padre, abrazándose a él e impidiéndole hacer uso del arma que ya empuñaba su diestra, de seguro habría tenido un final trágico.

Jack Harris, por su parte, también había echado mano a su revólver, y con acento amenazador y bravucón dijo:

— ¡Continuaremos este dulce coloquio, señor Grove, en otro sitio donde nadie pueda interrumpirlo! ¡Y entonces uno de los dos quedará sin vida! ¡Ya lo sabe usted! ¡Le aborrezco con toda mi alma, y a partir de este momento le haré a usted cuanto daño pueda por todos los medios!

Pronunciadas estas palabras, a las que el dueño del rancho contestó con un bramido de cólera, forcejeando en vano para sellarse de los brazos que lo sujetaban, Jack Harris abandonó el aposento y el rancho. Tratábase de un hombre de carácter despótico, brutal y cruel, al que aborrecían cuantos dependían de su mando.

La noticia de su despido fué, por

lo tanto, acogida con alegría por la mayoría de los *cow-boys* del rancho.

Y no decimos de todos, por no faltar a la verdad. Porque entre aquellos figuraban media docena de sujetos, más aventureros y granujas que honestos y laboriosos hijos del Oeste, que apenas se enteraron de lo ocurrido, apresuráronse a dejar el trabajo.

Y al día siguiente se reunían con el ex capataz, más jefe de ellos que el mismo ranchero Grove, y en un bar del rústico poblado cercano se pudiesen a las órdenes de Harris.

Este los acogió lleno de jubilosa jactancia:

—Sabía yo—les dijo—que vendrías a buscarme, porque estaba seguro de vuestra lealtad y de vuestro afecto... ¡Además, también os conviene seguir a mis órdenes!...

«Obedeciéndome y prestándome vuestra ayuda incondicional han recibido vuestras manos mucha plata... En lo sucesivo, continuaré suando dinero del mismo modo que cuando todos estábamos en el *Rancho de la Abundancia*.

Uno de sus cómplices le preguntó entonces por qué causa dejó el cargo de capataz.

—¡Ocurrió—dijo Harris evasivamente—lo que más tarde o más temprano tenía que ocurrir! Pero pronto se arrepentirá el orgulloso y jaquetón de haber desafiado mi cólera!

«Lo castigaré de una manera que él ni siquiera puede imaginar! Lo heriré en las dos cosas que le son más queridas en este mundo: en su dinero y en su hija...

«Sí, amigos; estoy cierto de que dentro de unos meses el rancho que ayer abandoné cambiará de nombre, y en lugar de llamarse *de la*

Abundancia, le cuadrarían mejor uno de estos dos nombres: *miseria* o *dolor*.

«Antes de una semana comenzará a conocerme bien Grove, pues a pesar de los años que me ha tenido a su servicio, no ha podido saber con quién trataba.

Este ruin y vil sujeto demostró, en efecto, su voluntad y su refinada astucia para llevar a cabo las amenazas que había proferido.

Cuatro días después, el ranchero Grove recibía con la natural sorpresa la inesperada y desagradable visita del *sherif* de la comarca, a quien acompañaban cuatro delegados de a caballo.

—¿Qué me querrá ese hombre tan despreciable?—se preguntaba el padre de Elena mientras marchaba al encuentro de los visitantes.

Estaba enemistado con aquel representante de la justicia hacia ya un par de años, por haberlo sorprendido en flagrante y palpable delito de prevaricación, protegiendo a una pandilla de contrabandistas que cometían en la comarca toda suerte de desafueros.

Pero, así y todo, el honrado y valeroso harenado no consiguió que el *sherif* Lionel Pate fuese destituido del cargo que desempeñaba de una manera tan indigna y lo reemplazara otro más honrado.

Con acento un tanto burlón, Pate le preguntó cuando estuvo el padre de Elena a unos pasos de distancia:

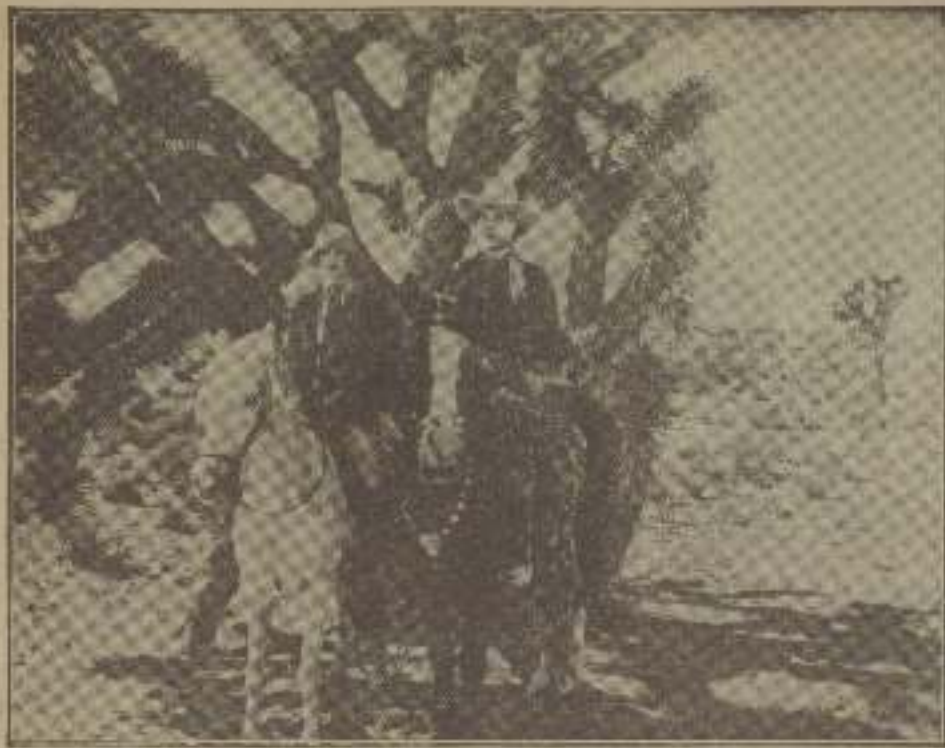
—¿Le extraña verme, señor Grove?

—¡Ciertamente! ¿Por qué negarlo? ¡Y, además, me disgusta!

—¿Le creo a usted? ¡Sé que no soy persona de su devoción!—declará Pate con un acento zumbón que hizo chispear de cólera los ojos



... tendió hacia él sus manos musculosas...



... los dos jóvenes formaban fuerte y gallarda pareja.

del rancharo—. ¡Y, por lo tanto, es natural que mi visita le cause a usted disgusto y susto!

—¡Yo, asustarme?

—¡Indudablemente!

—¡A los hombres borrados como yo, Sheriff Pat, no les asusta nunca la justicia!

—¡Yo quisiera salir de aquí, convencido de la veracidad de sus palabras!

—¡Lo estoy yo, y eso me basta! Pero... abreviemos, Sheriff, y dígame usted sin ambages ni rodeos a qué obedecer su visita.

Estos hombres y yo venimos a registrar el rancho minuciosamen-

EL VALIENTE DE LA PRADERA



... se detuvo, en expectante actitud.

Interpretado

por

**TOM
TYLER,
CHISPITA**

y el perro

VIVALES



... desmontó rápido del caballo...

te hasta encontrar lo que buscamos.

—¿Y qué buscan ustedes?

—¡Las armas y las municiones que usted oculta en algún sitio y que vende a los rebeldes mejicanos!

Acogió estas palabras con una sonora carcajada de mofa el padre de Elena, diciendo a continuación:

—¡Van ustedes a perder lastimosamente un tiempo que podrían emplear persiguiendo y cazando malhechores!

—¡Eso es lo que falta saber!

—¡Mil rayos! Sheriff Pat, tenga usted cuidado con lo que habla y

no ponga a prueba mi paciencia, que nunca ha sido tan grande como en este momento.

— ¡Quiera usted o no quiera, Grove, yo he de cumplir con mi deber! ¡No trato usted de impedirlo, olvidando que soy la primera autoridad de la comarca!

— ¡Ya pueden ustedes y los hombres que lo acompañan empezar a cumplirlo inmediatamente!

— ¡Muy bien! ¡Ea, amigos! ¡Manos a la obra!

El resultado de esa visita fué el que ya tenía por desahogado el ladino y malvado *sherif*, pues Jack Harris, de quien era un antiguo amigo, le había revelado el sitio donde se hallaba el cuerpo del delito, es decir, varias cajas de gran tamaño llenas de rifles, revólvers y municiones.

El padre de Elena resistiase a dar crédito a lo que veían sus ojos. Sin embargo, era demasiado inteligente para no adivinar, pasados los primeros momentos de estupor, la infame estratagema de que era víctima y quién la había tramado.

Y cuando el *sherif* Pale, a medida que sus delegados descubrían, debajo de tierra, en el linde de una inmensa y esmeraldina pradera, las cajas de contrabando y las ahñan, le preguntó:

— ¿Qué me dice usted ahora?... ¿Quién de los dos tenía razón? ¿Yo al asegurar que le había asustado mi visita o usted al afirmar que no teme a la justicia?

— ¡Yo, *sherif*, yo! Yo, que soy un hombre sin tacha, mientras que

usted es tan miserable como el infame que le ha enterado de la existencia de estas cajas... o sea Jack Harris, mi desleal y ladrón ex capataz...

— ¡Ah! ¿Que se atreve usted a insultarme?

— ¡Sí, y sostendré mis palabras donde se me requiera! ¡Mil rayos! ¿Por qué la vida de un sujeto tan inmundo como usted ha de hacerle pagar el Código penal al que le suprime con un castigo tan injusto y duro?

— ¡Largo todos de aquí! ¡Fuera! ¡Yo lo mando! ¡Y si no soy obedecido, por la cabeza de mi propia hija juro emprenderles a tiro limpio!

Esto diciendo, llevóse la mano crispada a su revólver, mientras sus ojos lanzaban al *sherif* y sus hombres mortíferas miradas...

Convencidos éstos de que no tendrían más remedio que aceptar la feroz lucha que el *ranchero* anunciaba con voz de trueno, Pate encogióse de hombros y repuso:

— ¡Yo he cumplido con mi deber, que consistía en descubrir su delito! ¡Usted, Grove, ya se defenderá como pueda ante la justicia!

— ¡En marcha, amigos!

El padre de Elena los vió alejarse y desaparecer al galope, casi arrepentido de no haber disparado contra ellos todas las balas de su revólver.

Las consecuencias de este hecho fueron para el valeroso y honrado

ranchero en extremo onerosas, pues libróse de ir a la cárcel y de la confiscación derrochando el oro a manos llenas, comprando influencias y conciencias.

Pero no fué el dinero la pérdida más lamentable, sino la salud, que ya no volvió a recobrar del todo.

Permaneció en cama cerca de dos meses, y cuando lo fué a ver un antiguo amigo suyo, ganadero, y se enteró de los hechos ocurridos y de las tretas y abusos que contra sus

bienes cometían Jack Harris y su pandilla, le consoló diciendo:

—¡Todo esto se acabará pronto, querido amigo, si sigues el consejo que voy a darte! Conozco a un mozo, un *cow-boy*, que es el hombre que necesitas. Se llama Carlos Monty y habita en el Cajón... Ve a buscarlo y algún día me darás las gracias.

—¡Te las doy ahora ya, por tu afecto y tu interés, con toda mi alma!

III

Una semana después, Carlos Monty y su sobrinito, un avispado muchacho, se hallaban en el *Rancho de la Abundancia*.

Creído Harris de que su fama de hombre sanguinario y bravucón bastaría, como imaginan todos los valientes, para amedrantar al nuevo capataz, buscó la ocasión de armarle camorra.

No tardó en hallarla.

Carlos Monty apeóse cierto mediodía a la puerta de un *bar* en cuyo interior vociferaban Harris y sus secuaces.

La entrada de nuestro amigo fué acogida con unas risitas de mofa, y el propio Harris, con una grosera expansión fisiológica, declaró en voz alta:

—¡Hay hombres que no valen tanto como el pedo que acabo yo de disparar!

Al mismo tiempo fijó sus pupilas retadoras en la persona de Carlos Monty.

No necesitaba éste tanto para que se desatase una fiera y una ferocidad que nada podía contener, y sin probar la cerveza que el dueño acababa de servirle, acercóse al valentón Harris y le dijo:

—¡No está bien insultar y desafiar a un hombre en medio de tantos turiferarios y defensores! Acérquese a mí.

—¡En seguida!—rugió Harris—. ¡Mil rayos! ¡No podías hacermos una invitación más deseada y grata!...

Y con presteza separóse de sus compadres con los puños cerrados, en actitud furiosa y amenazadora...

En cambio, la de Carlos Monty no podía ser más serena y tranquila. Con la impavidez de quien está seguro de la fuerza de sus puños y de la bravura, esperó que su encolerizado y aborrecido adversario se acercase más...

Entonces alargó el brazo izquier-

do con tal rapidez y violencia que Harris al recibir en pleno rostro un puñetazo retrocedió tambaleándose y rugiendo de dolor y de cólera.

Una a h o g a d a exclamación de asombro partió del grupo de testigos que, con los ojos dilatados por la curiosidad y el asombro, vieron seguidamente cómo el forastero martilleaba a su otopadre de un modo tan contundente y continuo que nadie habría podido resistir.

No resistió, ciertamente, el jactancioso malen aquella lluvia de mamporros sin rodar por el suelo como un pelele.

Carlos Monty levantó el pie sobre la cabeza de su enemigo y en medio de un silencio sepulcral declaró con voz tonante:

— ¡Debiara aplastarte el cráneo, inmundo gusano, para que ya jamás no tramases tu infame cerebro ninguna felonía, ninguna ruidad, ninguna vileza! (Pero, por hoy basta con la lección recibida! Confío en que te sirva de enmienda y escarmiento y que en lo por venir tratarás de evitar mi encuentro.

El miserable, medio desvanecido, sangrando por boca y narices, se retorció en el suelo, sin entender las amenazas que su formidable adversario le dirigía.

— He de advertir a cuantos me oyan — añadió encarándose con la pandilla del vencido — que mi mano, cuando empuña un revólver, no erra jamás la puntería. Y que estoy dispuesto a probar y demostrar lo que digo a quien lo duda!

Este reto no fué recogido por na-

Una leve sonrisa de desprecio resplandeció en el rostro del nuevo capitán del *Rancho de la Abundancia*, y sin apartar un segundo su centelleante mirada de aquellos indignos y depravados hijos del desierto, con la mano derecha acercando la culata de su *cuarenta y cinco* acercó al mostrador y cogiendo con la izquierda la jarra de cerveza vació su contenido de un solo trago.

En aquel momento Harris hacía esfuerzos para ponerse en pie, consiguiéndolo penosamente.

No había, empero, recuperado del todo la noción de la realidad; sentía agudos dolores en el rostro, confuso y vago su cerebro, mas a ciencia cierta no habría podido decir lo que le había ocurrido.

Sin embargo, al ver la erguida y atlética figura del hombre que le infligiera tan terrible castigo, pareció que se pintaba en sus ojos una especie de terror, revelando que en su memoria acababa de brotar, exacto y preciso, el recuerdo de la soberana paliza que aquel le propinara.

Hurullado y tambaleándose fué a refugiarse entre los sayos, en tanto Carlos Monty, sin cesar de sonreír burlesco, abandonaba el bar.

Una vez fuera, permaneció al acecho unos momentos, dispuesto a abrasar los sesos de quien se usomase con expresión hostil.

Luego, viendo que ninguno de los despreciables sujetos que apandillaba Harris tenía malditas las xanas

de *foguearse* con él, subió de un salto sobre su brioso corcel, partiendo al galope.

Aquel mismo día aún tuvo ocasión de demostrar su indomable decisión de dar la batalla a cuantos de algún tiempo a aquella parte, aprovechándose del decaimiento físico y moral del dueño del rancho, consideraban esta finca como tierra conquistada.

Al cruzar por una inmensa pradera, divisó un grupo de *cow-boys* que hablaban y gesticulaban con ardor y ademanes furiosos.

Eran servidores del *Bancho de la Abundancia* que comentaban el robo de que habían sido víctimas aquella misma tarde.

Sin que pudieran verlos, unos au-



... cruzaron dos rápidas miradas...

doce ladrones se habían llevado media docena de vacas, desapareciendo por un desfiladero cercano.

Carlos Monty enteróse de estos hechos y luego de interrogar a los enfurecidos *cow-boys*, ordenó a dos de ellos con voz autoritaria:

— ¡Seguidme!

Y picando espuelas a su corcel, penetró en el desfiladero. Al cabo de una hora de incesante galopar su mirada aguilena percibió en el

abrupto y escabroso sendero de una montaña, al otro lado de la cual se extendía ya el país mejicano, una punta de ganado guiada por varios hombres.

— ¡Es preciso—gritó Carlos a los suyos— atrapar a esa gente antes de que cruce la divisoria!

El caballo que cabalgaba, obedeciendo a las incitantes voces de su dueño, corría como el viento.

La inesperada aparición de Carlos y sus subordinados produjo en la media docena de vaqueros que conducían aquellos animales una alarma y un temor profundos.

Cada uno de por sí hizo todo lo posible para que el ganado acelerase la marcha. Pero el camino era demasiado angosto y difícil para que se pudiera recorrer con excesiva prisa, sin riesgo de despeñarse montaña abajo algún animal.

En tanto, Carlos y sus dos *cow-boys* ganaban terreno.

Al valeroso mozo no le cabía ya ni sombra de duda de que se las iba a ver con unos bribones.

¡Por qué, si no tenían nada que temer, demostraban la agitación y el temor de los que quieren huir?

Cuando solamente los separaban unos cincuenta metros de los vaqueros, sonaron varias detonaciones.

Una bala pasó silbando junto al rostro del formidable capataz.

Lanzando una furiosa imprecación, Carlos Monty esgrimió su arma y apuntando contra sus enemigos disparó.

Seguidamente su contalleante mirada vió rodar como un conejo a uno de aquéllos, mientras sus compañeros, llenos de espanto, echaban a correr vociferando.

Carlos continuó su persecución, y unos minutos después su fuerte brazo lanzaba el lazo de que iba provisto, aprisionando con él a dos de los fugitivos.

Los miserables se debatían furiosos dentro del nudo que apretaba sus cuerpos, al verse arrastrados hacia aquel experto cazador de hombres.

Así que los tuvo a sus pies, en confuso montón, Carlos Monty les apuntó el revólver diciéndoles:

—Si no queréis que os acribille a balazos, sarnosos coyotes, si queréis conservar vuestro pellejo, vais a declarar la verdad.

*¿Quiénes sois? ¿Cuál es vuestro amo? Desde luego, estoy convenido de que estoy hablando a un par de bribonas, pero quiero saber quién os manda y quién os paga. ¡Contestad, pues, pronto y bien!

Los interrogados, asustados por la amenaza de muerte que despedían los ojos de su aprehensor, cruzaron una mirada de inteligencia y uno de ellos confesó:

—¡Estamos a las órdenes de Harris!

—¡Me lo figuraba!—dijo Monty sonriendo con mofa—. ¡Sois dignos, en verdad, de servir a un amo tan

vil, infame y cobarde como el que tenéis!

*¿El ganado que conducíais pertenece al señor Grove, verdad? ¡Responded!

—Sí, todo era suyo...

—¡Por Júpiter! A este paso pronto batiríais dejado sin un solo animal a ese buen hombre. ¡Por suerte, las cosas van a cambiar de rumbo desde ahora!

Pronunciadas estas palabras, hizo una seña a sus hombres, ordenándoles que condujesen los animales hacia el rancho.

Los demás bribones habían logrado desaparecer entre la enmarañada maleza que cubría la montaña.

Al anochecer el valiente Carlos Monty se hallaba de regreso en el rancho.

Inútil es decir la alegría con que recibieron Elena y su padre al novel y real capataz de su finca.

Fué aquella misma noche cuando entre el guapo y arrogante Carlos Monty y la bellísima joven se inició el tierno idilio de unos amores que habían de durar hasta la muerte...

Desde aquel instante Carlos fué llamado el *Valiente de la pradera*.

Hasta el día en que acaeció el suceso en el cual nuestro protagonista, por defender su vida en una emboscada que le tendieron Harris y sus compadres, resultó herido, ocurrieron otros en que siempre salió triunfante su indomable coraje.

IV

Atendido y cuidado por Elena, el leal capataz, gracias a la robustez y fortaleza de su organismo, pudo recobrar la salud con relativa rapidez. Pero tenía que responder a la justicia de cuatro hombres a los que en la lucha sostenida su certero revólver había dejado sin vida.

Y sin duda las muertes de aquellos desalmados y miserables truhanes le habrían costado demasiado caras a no mediar la feliz circuns-

tancia de que el *sherif* Pate, descubierto y desenmascarado, había sido detenido y encarcelado.

Su sustituto, hombre austero y probo a carta cabal, considerando que es sagrada la defensa de la propia vida, dejó en libertad al *Valiente de la prodera*, que un mes después contraía enlace con la rica y hermosa heredera del *Rancho de la Abundancia*.

FIN

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

LA FUGA DEL PRESIDARIO

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LOS FILMS DEL FAR-WEST

ES LA PUBLICACION MAS INTERESANTE Y
ECONOMICA QUE AHORA PUEDE ADQUIRIRSE

Aparece semanalmente y da las narraciones del Oeste más vigorosas e intensas que se conocen. — Leer estas emocionantes novelas equivale a convivir con los COW-BOYS, seguir de cerca sus peripecias y sus proezas, sus amores y sus triunfos. Cada cuaderno contiene una novela completa, con las aventuras de lucha y de amor de un caballista, astro de la pantalla.

15 cta. el cuaderno con novela completa

De esta preciosa colección han sido publicados los siguientes números:

- | | |
|---------------------------------|--------------------------------|
| 1. El huracán de Texas. | 17. Los falsificadores. |
| 2. Contra viento y marea. | 18. Un novio con buenos paños. |
| 3. El valle del misterio. | 19. Veloz como el rayo. |
| 4. El rey de los jinetes. | 20. Perdido en el desierto. |
| 5. Los puños de Tom Tyler. | 21. Los contreros. |
| 6. Los lobos del Far-West. | 22. Tom y su cuadrilla. |
| 7. La ley del tortazo. | 23. Por defender a una mujer. |
| 8. El culpable. | 24. El fantasma del rancho. |
| 9. De señorito a vaquero. | 25. De cara a la muerte. |
| 10. El «Gavilán de la Pradera». | 26. Buscando la revancha. |
| 11. Ladrones de ganado. | 27. Astucia rural. |
| 12. El valiente. | 28. Armando gresca. |
| 13. El «Pirata del Desierto». | 29. A sangre y fuego. |
| 14. El crimen ignorado. | 30. El secreto de la mina. |
| 15. La ley del revólver. | |
| 16. El «Guapo del rancho R.» | |

*De venta en todas las quioscos y puestos de periódicos. Colec-
ción que usted lo más económica y la más interesante de las novelas
semanales.*

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica
Calle de Londres, 188 BARCELONA

Talleres gráficos VECCHI - Rocafort, 225. - Barcelona